

# Apuntes de economía humana para el bien común

Ramón Firme\*

\* Sociólogo, especializado en organizaciones complejas. En Uruguay fue asesor de la Presidencia de la República y miembro de la Oficina Nacional de Servicio Civil por más de veinte años. Trabajó como consultor del Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo en varios países de América Latina.

## Introducción

Estos apuntes nacen de la motivación e interés personal por evocar una rica experiencia que tuvo como actores a actuales militantes cristianos. Asistimos a un presente social con dolores de parto de un futuro incierto; puede ayudarnos la evocación de experiencias que suministren conceptos incandescentes para hacer ciencia en beneficio del bien común. Dos situaciones confluyen en la necesidad de buscar formas de ver y pensar la realidad con la finalidad de crear soluciones. Por una parte, el discernir los signos de los tiempos, que pautan los problemas graves a muy graves que afectan a muchas personas. Por otra, la de revisar la historia de las ideas en la búsqueda de aportes conceptuales a la construcción solidaria del futuro. La experiencia que han venido acumulando los Equipos del Bien Común y el CLAEH puede ser un aporte importante.

La pregunta de actualidad parece ser en qué medida se puede intervenir hoy en procesos económicos y sociales, en una escenografía compuesta por un indiferenciado desarrollo de ciencia y técnica que mueve a la periferia a un creciente número de personas, estrechando el universo de valores al ámbito de modelos económicos acrílicos.

La mirada sobre los signos de los tiempos es sobrecedora. La humanidad se ve despersonalizada, excluida y llevada a un hábitat social y ambiental cuya inestabilidad anuncia destrucción sistemática. La profecía de Leonardo Boff, alertando que nos encaminamos hacia un *humanicidio* si no se producen cambios importantes, parece ser de recibo.

La realidad social no es un concepto factual, sino vivencial en la perspectiva humana; es lo más próximo y concreto que puede vivir una persona en el espacio que ocupa, y al cual lo refiere; sea este una región, país o continente. Es lo más dinámico, está en permanente proceso de cambio; lo hace en el tiempo, en forma no lineal, y en el espacio, en forma de aparentes fenómenos diferentes, pero muy ligados por una red de vasos comunicantes.

La respuesta puede ser encontrada asumiendo el desafío de revisar la historia reciente de las ideas y de las ciencias. Es una tarea cíclopea que requiere un trabajo interdisciplinario, sistémico y abierto a valores que permitan una prognosis humana.

No es un asunto que pueda ser tratado en laboratorios cerrados. Menos en donde el intercambio en equipo no exista. Se requiere abrir amplias avenidas que conduzcan a espacios de diálogo y de creación libre, lo que supone derrumbar muros, entre otros, los que limitan a las diferentes disciplinas. No es tarea de corto plazo. Cuanto antes se comience con una estrategia inclusiva, mejor se podrá obtener frutos para un real cambio de paradigma.

Habrà quien se pregunte cómo se liga esto con la economía humana. La respuesta tiene un recorrido. El concepto de *economía humana* se asienta en la colaboración de una larga lista de intelectuales que sintieron el deber de enriquecer el espacio conceptual entre dos revoluciones industriales que abonaron dos guerras mundiales, con millones de muertos cada una. La vida misma se iba dislocando de las personas y su realización en lo personal, familiar y social.

No es el momento de analizar esa triste historia. Por eso asumo como referente a quien formuló el concepto y la expresión: el Padre Lebret, como lo conocimos. Asumió la tarea de formular un concepto abierto para un campo disciplinario aún más amplio.

Aparentemente la situación que tenemos por delante está lejos de la experiencia de Lebret. Y sin embargo está cerca cuando se piensa en la necesidad de fundamentos conceptuales, metodológicos y epistemológicos que produzcan un cambio en la forma de conocer la realidad, incluida la de la propia ciencia.

Esto lo sabía Lebret y por eso sus estudios e investigaciones lo llevaban desde la sociedad que lo vio nacer —junto a pescadores pobres de su Bretaña— a la Francia de posguerra y a la inquietud y preocupación sobre África y América Latina. Encontraba en la sociedad fenómenos parecidos, con diversidades de valores en capas sociales que diferenciaba en tiempo y en lugar. Asistía a los inicios de un nuevo ritmo de surgimientos de estratos de acumulación social y cultural que tendían a ser disfuncionales para los seres humanos.

Esta situación, en un momento muy especial de la evolución en Europa, contrastaba con las situaciones en otras regiones del mundo. Comprendió que era necesaria una solidaridad creativa y una toma de posición positiva; vislumbró que la sociedad planetaria se encontraba ante cambios en la vida económica y social —así como en otros dominios del quehacer humano— que obligaban a ver el mundo a partir de espacios antropológicos más comprensivos.

Cuando se piensa en el aporte de Lebret a la sociedad surge naturalmente el concepto de una *economía humana*, no como una disciplina, sino como perspectiva de asociar las

ciencias sociales al bien común. Y hacerlo con una visión humanista, dirigida en forma integral a los diferentes vínculos de las personas, desde lo familiar hasta lo planetario.

Pero todavía habría que agregar dos posiciones y compromisos que asumió Lebreton sobre los que no se ha insistido suficiente. Por un lado, el aporte al pensamiento moderno y, más concretamente, al quehacer de la ciencia. Por otro, el aporte a un cristianismo encarnado en dolorosas realidades externas y carcomidas estructuras internas. Todos estos aportes estaban ligados y por eso los concebía asociados en la construcción del bien común.

La historia de la humanidad es una con la *historia de la salvación*, y con un objetivo, la construcción del Reino. De ahí que lo que sucedía en un momento de la historia era algo que debía analizarse con una visión de valores humanos que le diera integridad. De seres humanos individuales, pero asociados entre sí, arraigados en sociedades. Este era un nuevo humanismo cristiano que se proyectaba al futuro en una perspectiva histórica de larga duración.

Si hoy uno se preguntara lo que se le debe a Louis J. Lebreton, diría mucho. Si lo tuviera que concretar en conceptos estratégicos diría tres cosas: *transdisciplinariedad*, *rigor científico* y *apego a la realidad*. Si se preguntara sobre la vigencia de su pensamiento, diría las mismas tres cosas. Desde luego, ayer como hoy, sin ningún orden de precedencia, porque conforman una única realidad en la forma de pensarla.

Es imposible no tener en cuenta esa visión estratégica, como es imposible no tener en cuenta estos tres principios en el trabajo intelectual. Uno sin los otros dos hace que ese trabajo se vuelva vacío de contenido. El proceso seguido por las ciencias sociales y su paulatina especialización no es improductivo, pero si se le saca la *transdisciplinariedad* se vuelve retórico, es decir, menos productivo. Además, se pierde la exigencia de rigor y se esfuma la realidad. El rigor deja de serlo y se transforma en estructuras vacías; la falta de sentido de la realidad aleja del compromiso con los más desfavorecidos.

Por eso para Lebreton cualquier ciencia social confluye en un unívoco objetivo: el bien común. En verdad, si se piensa en una base común a todas las ciencias, el objetivo es el mismo. Pero requiere de posicionamiento, visión y formación humanista que surjan de las entrañas de los seres humanos y se sumerjan en una epistemología antropológica. Sobre esta base es posible formular enunciados en la propuesta que implica una *economía humana* y un *bien común* ligados.

No hace mucho tiempo este pensamiento estaba olvidado por los científicos desde una ortodoxia teórica. Pero su consecuencia es que, en la medida en que se especializa el quehacer, se produce un corrimiento hacia aspectos meramente ideológicos. Supone un grave desplazamiento que debilita el conocimiento y anula el saber. Y, lo que es tan grave como lo anterior, desaparece el referente ser humano. Es decir, se debilita uno de los carozos del compromiso por una construcción social, basado en la creatividad de los seres humanos, de la sociedad, de los pueblos, de las etnias. En su lugar se ubican intereses individuales y corporativos que generan un centro explicativo de la evolución humana en teorías que se construyen como falsos ídolos. No cuenta la prognosis, trascendente en el tiempo; lo provisorio explica el presente. Cuando ese factor explicativo deja de ser funcional a esos

intereses, se sustituye por otro ídolo que reproduzca el interés particular. Las consecuencias ecológicas y sociales no cuentan, o su importancia es disminuida, cuando no falsificada.

En el caso del Padre Lebre, su espiritualidad ligaba la observación de la realidad con la meditación, el discernimiento, la oración, la decisión y la acción. Pero seguía siendo la razón de ser de su tarea tan amplia y científica la creación de conocimientos y la forma como el ser humano produce valor. Es por eso, se puede entender, que hace referencia en forma permanente a una *gestión humana*, entendida como espacio *transdisciplinario* al servicio de un nuevo humanismo.

Por ello, lo que Lebre sentía como una necesidad hoy es un clamor universal. La deshumanización planetaria es el resultado de una globalización discriminatoria salvaje que se encamina hacia el precipicio donde arrojar todos los valores. Los *indignados* del mundo expresan la determinación de que eso no sucederá. Y son indignados justamente porque aún no se tienen los elementos de conocimiento para basar una estrategia positiva y creativa. Por eso trabajó Lebre toda su vida. Aunque el escenario ha cambiado y la responsabilidad se ha incrementado, los principios siguen vigentes, guiándonos.

La globalización lleva a una crisis generalizada. Se instalan nuevas formas de dominación que cumplen la «proeza» de volver a instalar las hambrunas que habían casi desaparecido luego de la primera revolución verde. Millones de personas sin trabajo, con familias divididas, viviendo en campamentos hacinados, sin mínimas condiciones de higiene. Millones de personas sin cobertura sanitaria en el mundo. Un deterioro de las condiciones de vida, un envenenamiento de la tierra, de los océanos y del aire que se respira. Todos estos elementos se han incorporado al escenario en el cual una *economía humana* para el *bien común* debe moverse.

Ningún campo de actividad de los seres humanos puede ser ajeno; no alcanzan las experiencias testimoniales, pero sin ellas se pierde la ruta. No alcanzan las revisiones conceptuales, la reformulación de marcos teóricos, pero sin ellas se pierde la ruta. Tampoco bastan nuevas estructuras metodológicas ni búsquedas epistemológicas, pero sin ellas habremos claudicado, encerrándonos en campos llenos de lianas. He ahí el enorme desafío al que se enfrentan quienes desean crear y construir aportes como los que soñaba Lebre. Esa es la materialización de la tarea que está planteada en la ciencia y la acción. Y solo parece haber una actitud posible, responder con rapidez positiva, en forma sistemática y permanente.

Ahora, unas pinceladas sobre cada uno de los tres conceptos estratégicos a los que se ha hecho referencia.

## Sobre la transdisciplinariedad

El tema *transdisciplinario* estaba planteado en la mente de los grandes pensadores, con quienes Lebre interactuó en un lugar y una época convulsa. La gran proeza filosófica de la que fue alfarero Emmanuel Mounier y la solitaria búsqueda que llevó por intrincados

caminos de la ciencia a Teilhard de Chardin permitieron que compartiera conocimiento sobre el valor y la belleza de la creación entera en su devenir histórico, así como el lugar de los seres humanos en ella y de los cristianos en particular. Se trataba de mostrar esa historia material y espiritual, esa aventura que permitía unir la acción y la mística sin ninguna contradicción. Coincidió con una época en la que hombres de los más diferentes lugares y procedencias encarnaban y escribían una grandiosa epopeya de las ideas. Una aventura gigantesca en donde la filosofía y las ciencias se daban la mano y se proyectaban al futuro.

El concepto de *transdisciplinario* no se contradecía, ni se contradice ahora, con lo interdisciplinario ni con la diferenciación de disciplinas. Por el contrario, se percibía una interconexión de complementariedad que estaba asegurada al mirar hacia el objetivo del *bien común*. Se hablaba de *economía humana* como se podía hablar de *gestión humana*, *sociología humana*, *psicología humana*, etcétera. Y como hoy podríamos hablar de *física humana*, *biología humana*, etcétera.

Los seres humanos, las personas, interrogan a las ciencias, y los seres humanos, personas que hacen ese trabajo científico, deben responder en forma integral, humana.

Los pueblos indígenas de América defienden sus semillas ancestrales no por conservadurismo, sino porque nadie les demuestra que es más humano lo transgénico. Porque nadie les demuestra que usando algunos productos no se envenena a la *pacha mama* que los ha alimentado con sus ciclos naturales. Porque nadie les ha demostrado que el dominio sobre la creación es una patente de corso. Por el contrario, defender sus semillas supone crear valor, supone completar la creación y contribuir con el creador. Se cumple el mandato de proteger lo realizado por el creador, la tradición humana. ¿Cómo se puede demostrar que la exclusión o la polución de la tierra y el agua son creación y no destrucción? ¿Qué tienen que ver con el concepto de valor?

Esa tradición se encuentra de una manera o de otra en diferentes estadios de todas las culturas y a ella se asociaba la economía humana tal como la concebía y practicaba Lebrecht. Esa es la tradición a la que se debe responder y por la cual se debe trabajar con responsabilidad. Ese es un gran desafío en esta época.

Las disciplinas científicas han seguido otro camino; la especialización ha deslumbrado con su aparente productividad. El trabajo interdisciplinario ha sido atraído por la especialización y de hecho ha pasado a crear nuevas disciplinas específicas. Lo *transdisciplinario* ha dejado de ser una tarea con sentido.

Las formas de pensar el trabajo científico, sus bases epistemológicas, no permiten modificaciones de importancia sobre los métodos de trabajo. Es cierto que en muchas disciplinas hay investigadores de gran nivel que plantean estas carencias, estas necesidades, pero no se asiste a una respuesta institucional por parte de los centros de estudio e investigación. Esta situación es más grave en las disciplinas sociales y humanas. Así, una descripción y evaluación de programas de estudio e investigación permitiría un análisis de caminos críticos y estratégicos que habría que encarar; una muestra de personas relevantes en diferentes países podría suministrar información valiosa sobre varios problemas y perspectiva de solución.

## Sobre el rigor científico

El rigor científico tiene su fundamento último en la realidad, pero para Lebreton suponía un arco muy amplio que comenzaba con la creación y con el creador. Es importante detenerse en este punto justamente porque ha dejado de tenerse en cuenta. Quizás sea uno de los aspectos que ha causado mayor desorientación en el proceso de especialización, pues si es cierto que la especialización puede aportar a la creación de valor real, ello es posible siempre que se haga desde bases epistemológicas vinculadas con las restantes ciencias. Cada especialización tiene sentido en la medida en que estudia esa forma específica en su relación con las otras.

Es esta la única forma de apreciar la realidad en su integralidad. Supone una simbiosis entre conocimiento y realidad en relación a la generación de valor. La disgregación evidencia una falla del rigor científico, alejamiento de la realidad, suspensión de la generación de valor y tendencia a la ideologización. El desarrollo de una disciplina debe cumplir con los marcos teóricos periódicamente revisados y elaborados en su coherencia; es un requisito para crear valor. Mientras se está en el proceso creador con eficiencia, el método cumple con condiciones de rigor científico. Cuando esto se desdibuja se asiste a una pérdida de coherencia debido a un proceso de burocratización y se entra en un ámbito cerrado, en el cual las relaciones se vuelven endógenas. La creatividad se realiza en términos tales que enmascara su relación con la teoría.

El planteo de Lebreton llevaba a que el rigor científico se buscara y encontrara en el amplio campo del conjunto de las disciplinas sociales y humanas. Su verificación se contrastaba con la realidad de las relaciones en la sociedad y entre los seres humanos.

Cabe preguntarse si esto no conspira con el desarrollo de las ciencias formales, lógica, matemáticas, epistemología, etcétera. Incluso, con la investigación teórica en otras disciplinas. La respuesta parece ser un rotundo *no*. Cada hipótesis tiene la cualidad de un objeto en la realidad del conocimiento. Por lo mismo, no alcanza hacer una verificación en laboratorio. Es necesario ubicarla en las relaciones sociales del conocimiento y, desde allí, hacer la constatación empírica. Así, desde el punto de vista del rigor científico, todo descaecimiento del trabajo interdisciplinar que no puede contrastarse empíricamente en la complejidad debilita el rigor científico.

Es lógico que sea así. Dios nos asoció a los seres humanos a su tarea creadora y somos creadores en función de un don. Incluye la idea, la decisión, la acción, la libertad y la utilización de conocimientos que son la base para generar valor. El libro del Génesis tiene algunas cosas que merecen ser profundizadas para la comprensión científica. Hay que desentrañar aquello que Juan Luis Segundo llama el *lenguaje mítico* y que de ninguna manera es privativo de etapas ya pasadas. Hoy en día hay un lenguaje mítico en la ciencia que es necesario interpretar. A título ilustrativo, se puede buscar cuál es el significado del concepto de *desarrollo humano* que usa Naciones Unidas. O el más reciente de algunos científicos que han definido el concepto de *felicidad humana*. Si se piensa desde el punto

de vista de la historia de las ideas o de la epistemología es difícil encontrarle un sentido. Si se analiza desde el punto de vista metodológico, se hace dudoso el amontonamiento de tantas variables que difícilmente se asocian con conceptos integrados en cuerpos teóricos. Ello lleva a plantearse otros análisis que refieran a lo que preocupa, y se trata de transmitir y comprender. Ambos conceptos tienen un sentido profundo. Llamen la atención sobre dos aspectos que son señales de nuestra época: el desarrollo y felicidad humana.

Es bueno detenerse en esta facultad de generar valor porque no es facultad únicamente racional. Surge del crear y, para crear, el ámbito es la libertad del creador. Por lo tanto, el valor no es producto de un conjunto de variables combinadas al azar, es una facultad, una responsabilidad que se les dio a los seres humanos, solo a los seres humanos. Pero el don de crear valor tiene sentido si se le otorga la libertad. La condición de creatividad es la de la libertad, la materia prima está en la creación entera. Si no se tiene la libertad para trabajar con las realidades se entra en procesos disfuncionales y es muy posible que en su ausencia se destruya valor. No es coherente que la ciencia y el conocimiento sean la base de un desvío que afecta la realidad y compromete a los seres humanos al destruir valor. Camino este por el que se ha internado la economía clásica. Algo similar puede intuirse en otras ciencias sociales y humanas y quizás en toda ciencia.

Si se produce desocupación, producto de privilegiar variables tales como endeudamiento público, tasa de interés, inversión, consumo, etcétera, se organiza el trabajo de tal manera que este no puede realizarse porque el trabajador ha perdido la libertad sobre la base de mal entendidas protocolizaciones. Cuando el trabajo se realiza en situaciones sobre las que las personas no deciden, y en muchos casos se les esclaviza, la consecuencia es su no realización, su negación como persona. Por lo tanto, hay una neta pérdida de valor, una dramática pérdida que en muchos casos llega al suicidio. En otras, al terrorismo.

Cuando se producen grandes concentraciones de capital a nivel planetario se tiende a la destrucción de valores. Los capitales en diferentes paraísos fiscales financian guerras, obligan a los países a defender sus rentabilidades a costa de naciones y estas reaccionan generando inequidades varias y limitando la capacidad de generar valor. El resultado es la deshumanización, el corte de la capacidad de realizarse. El campo de la desigualdad crece. Lo hace desde el punto de vista geográfico y con la intensidad de las crisis que se suceden con una intermitencia cada vez más frecuentes. Ya no alcanza con África, con América Latina, con gran parte de Asia, sino que comienza a desequilibrar Europa, a los países desarrollados todos.

Este proceso no es solo una acumulación de intereses. Es, fundamentalmente, fruto de una acumulación de errores. La crisis ya no es de naturaleza solamente económica, pues se ha producido una concentración de errores en el plano del conocimiento que favorece intereses deshumanizantes que conspiran contra toda posibilidad estratégica que suponga una vuelta al rigor científico; cosa nada fácil cuando se esclaviza a la misma ciencia. Ejemplos sobran: Monsanto envenenando el planeta, la ciencia farmacéutica que impide el acceso a la medicina a millones de niños —en África y otros continentes— que

mueren de enfermedades para las que existe cura. Por otro lado, comprobamos la deserción de los gobiernos en el financiamiento de la investigación científica libre.

Aun cuando suene fuerte, se asiste a una exclusión del rol científico de la ciencia. Como muchos seres humanos, el científico produce valor con su trabajo. Pero si este no se realiza produce resultados o genera productos para la destrucción. Su no realización como ser humano le achica espacios de libertad y desde ese momento pierde rigor científico. Por lo tanto, no tiene posibilidad de llegar a establecer por elección el rigor científico que decide. Es un rigor de productividad para intereses específicos y los intereses no son otra cosa que depósitos de valores destruidos. Se hacen inventarios de las bibliotecas, pero hasta ahora nadie ha inventariado esos colosales depósitos de los cuales salen formas de destrucción de todo tipo.

## Sobre la búsqueda de la realidad

Parece que este es un tema obvio, sobre el que no es necesario tener una preocupación especial. Nada más lejos de la verdad. Hay varias facetas que conviene tener en cuenta y que cubren un amplio espectro del estado de la Creación.

La realidad está conformada por muchas realidades diferentes. Estas pueden rastrearse en las abundantes situaciones personales y sociales que conforman apreciaciones surgidas de la acumulación social y cultural en la que fueron depositadas. Concurren a esa diversidad la manifestación vivencial de tiempos diferentes que se superponen en el desarrollo desigual de las sociedades, la economía y las relaciones entre ellas. Y desde luego, dan lugar a ver realidades diferenciadas según los marcos teóricos desde los cuales se aprecian.

Por ello el desarrollo de conocimientos y tecnologías diferenciales se superpone con ideologías y convicciones míticas, con saberes ancestrales que recobran vigencia y actualidad. El resultado es la complejidad, la realidad es una, integrada por la más amplia diversidad que conforman complejas y disímiles situaciones.

Lebret transitó por algunas experiencias en este camino de búsqueda de la realidad. Nunca se fió de apariencias sencillas. Buscó comenzar a armar el puzle desde las realidades más próximas y concretas, porque reclamaban soluciones con urgencia. Así recorrió un amplio espectro que iba desde su Bretaña natal, junto a sus pescadores, a París, Marruecos, Colombia, Brasil, etcétera. Buscó realidades sociales diferentes. Otro tanto hicieron los Equipos de Bien Común y luego la *economía humana* en sus trabajos de investigación. Siempre la realidad era el centro del debate. Pero no una realidad volitiva excluyente del ahora y del momento, sino con la historia, que es parte del valor de toda realidad.

Esta presencia no solo se veía en las poblaciones objetivo. También se imprimía en el método, siempre de forma interdisciplinaria, en talleres en los que se buscaba trascender las disciplinas para, desde la realidad, hacer elaboraciones que eran efectivamente *transdisciplinarias*. Esto era parte de un método sumamente práctico, casi diríamos casero,

pero conllevaba una elaboración conceptual y teórica sumamente elaborada. El sentido de esa elaboración era la coherencia que culminaba cuando la lógica del trabajo ajustaba perfectamente con los fenómenos que estábamos estudiando y se incorporaba a las vivencias de sus protagonistas. Desde luego que ese examen metodológico no era ajeno a una espiritualidad personalista y comunitaria, a la que adhería Le Bret.

Esa experiencia que era profundamente existencial suponía una postura epistemológica vigente en la diversidad y anclada en la complejidad. Ha quedado sedimentada en diferentes documentos. En el caso de Uruguay hay dos trabajos paradigmáticos: *La familia en Montevideo* y *El Uruguay rural*. Ambos admiten, más dirían, reclaman, un estudio epistemológico en profundidad que nunca se ha realizado. Ello arrojaría importantes ideas para operar una continuidad de la investigación, en otras áreas de nuestra sociedad, lo que permitiría ser mucho más preciso en los tres puntos que se mencionan en estos brevísimos apuntes.

Pero la realidad social, tal como se ha dicho, se ha construido con un conjunto de elementos que son parte constitutiva de su existencia. Una realidad que puede ser engañosa o, por lo menos, camuflada, si se observa desde conceptos y marcos hipotéticos que en forma de ecuaciones cuasi matemáticas las describen distorsionándolas. La imagen así distorsionada está lejos de ser verificada, y menos sostenida por lógicas sólidas, periódicamente revisadas y analizadas.

Muchas veces se aplican fórmulas que se dan por verdaderas en todo tiempo y lugar. Surgen de procesos que integran una construcción de ideas montada sobre la soberbia del conocimiento racional y el desprecio de tipos de conocimientos integrados que ayudan al discernimiento. De esta manera, se desconocen formas de comportamiento como las que han ido acumulando pueblos originarios en diferentes partes y que aparecen avaladas por la realidad y por una larga experiencia espiritual de integración con lo creado, por las que se ven realizados como personas y como pueblos.

Esa búsqueda y respeto de la realidad tiene su fundamento más profundo en el reconocimiento de que hay una creación a preservar y de que ella es la base sobre la que se crean más valores y la persona encuentra su realización familiar, comunitaria y social.

Para la economía humana la tarea actual se presenta como amplio desafío. No se trata solo de investigar en pequeñas comunidades olvidadas, excluidas o burocratizadas hasta su autoexterminio. Pero hay que hacerlo sistemáticamente y con pasión. No se trata solo de hacer investigaciones que por su *transdisciplinaridad* son sumatorias sobre asuntos concretos específicos. Pero también hay que hacerlas con pasión. Hoy se debe sumar la necesidad de encarar la investigación de cómo se produce y trasmite el conocimiento en cada sociedad. Desde luego que este no es asunto para un solo país. Sobre la base de cada experiencia es imprescindible reconstruir formas de pensar que permitan solucionar los problemas, acompañar a las poblaciones y evitar el proceso de destrucción de valores acelerados.

La realidad se ha transformado en aspectos que cambian los que parecerían ser comportamientos estratégicos para enfrentar los problemas. Existen todos los problemas

que movieron a Lebret, los mismos principios, una misma ética de la acción sostenida en *economía y humanismo*. Pero lo que ha cambiado en la realidad social del mundo moderno es la forma del pensar y hacer ciencia. Este factor es el que hoy presenta mayores dificultades y es un mayúsculo desafío. ¿Es abordable? Desde luego que la respuesta debe ser un rotundo *sí*.

En esos gigantes del pensamiento y la acción tenemos la respuesta. A modo de ejemplo se ha mencionado a Teilhard, Mounier y Lebret. Ellos, como tantos otros, han demostrado que el trabajo realizado con humildad es una poderosa fuerza de dignidad, y como ella genera valor alimenta con más valor en el plano del conocimiento a quien lo realiza.

El posicionamiento estratégico es el que puede ser encarado desde la economía humana. Se podría decir que hoy es la realidad más cercana. Es cierto que la pobreza sigue existiendo, que los seres humanos viviendo en la calle siguen siendo una realidad, que las adicciones hacen estragos en la sociedad y la familia. Pero no es menos cierto que las soluciones se alejan en ancas de teorías que demuestran no ser válidas. Así, procesos como la enfermedad de la burocratización hacen estragos en la realidad carnal y en la realidad de pensamiento. La opción puede ser el valioso testimonio que debe multiplicarse, el apoyo concreto a esos testimonios en el enfrentamiento a las teorías que tienden a la destrucción de valores en la sociedad. Una agenda a la altura de la realidad actual y aplicada a sostener el ejemplo de nuestros antepasados.

Hermosa tarea que también genera valor. Se ha dicho que la materia prima de la generación de valor es la creación. Cuando se produce conocimiento con ese presupuesto se genera valor, pero cuando se producen conocimientos en el ámbito cerrado, ajeno a la realidad, es probable que se produzca destrucción de valor. Lo que es válido en el campo de la materia y las formas biológicas de la vida lo es también para el mundo del conocimiento. Este integra una realidad que muchas veces condiciona y determina la vida de las personas, que genera normas a las cuales deben ceñirse las sociedades y los procesos económicos que las estructuran. Es así que el mundo del conocimiento cobra una dimensión independiente.

Pero muchas veces se ejerce con una soberbia que deja tierra quemada tras de sí. No tiene ni existe justificativo para ello, y menos para apropiarse o destruir el mundo de los saberes. Hay que investigar en profundidad y hacerlo dándole la importancia estratégica que tiene la investigación por su rol dominador en la sociedad. Hay que hacerlo teniendo en cuenta que se trata de un proceso de producción sujeto a leyes y lógicas específicas, que produce valor. Que así sea depende del propio trabajo científico y de las formas en que se produce.

Lebret nos ha dejado una herencia con la que se puede hacer mucho por cambiar la realidad. Diría que se puede trabajar elaborando marcos hipotéticos sobre estrategias de conocimiento aplicables a sectores específicos, de modo de aportar elementos teóricos, metodológicos, técnicos y de acción que permitan corregir las complejas situaciones de una realidad social y humana que clama por encontrar esos aportes.